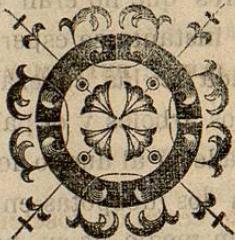


se hallaba en la patria de los Focas y de los Bayacetos. Pronto se cumplieron mis deseos, porque el mismo día en que me embarqué, nos hicimos á la vela á las cuatro de la tarde. Bogábamos con viento Norte, y nos dirigiamos á Jerusalem, á la sombra del estandarte de la cruz que ondeaba en los mástiles de nuestro navío.



## TERCERA PARTE.

### VIAJE DE RHODAS, JAFFA, BETLEM Y EL MAR MUERTO.

Ibamos en el navío cerca de doscientos pasajeros entre hombres, mujeres, niños y ancianos, y se veían otras tantas esteras bien arregladas á los dos lados del entre-puente. Un pedazo de papel pegado á las tablas del buque manifestaba el nombre del dueño de aquella estera que le servia de cama, y á cuya cabecera habia colgado cada peregrino su bordon, su rosario y una crucecita. Los papás que dirigian aquella gente, se alojaban en la cámara del capitán, á cuya entrada se habian dispuesto dos antecámaras: yo tenia el honor de alojarme con mis dos criados en uno de aquellos negros chiribitiles de cerca de seis piés cuadrados, y otro que estaba enfrente lo ocupaba una fa-

milia entera. En aquella especie de república cada uno se arreglaba como mejor le parecía: las mujeres cuidaban de sus chicuelos, los hombres fumaban ó preparaban la comida, y los papás se entretenían en conversacion unos con otros, despues de hechas las acostumbradas oraciones. En las horas de recreo se oían por todas partes los bandolines, los violines y las liras: uno bailaba, otro cantaba, este reía, rezaba aquel, y todos parecían alegres, y me decían señalando el Mediodía: "Jerusalén," y yo les respondía: ¡Jerusalén! En fin, si no hubiera sido por algunos sustos de poca consecuencia, hubiéramos tenido el mejor viaje del mundo; pero apenas arreciaba un poco el viento, cuando los marineros recogían las velas, y gritaban los peregrinos: ¡*Christos, kyrie eleison!* Pero disipado el peligro, todos se volvían mas valientes.

En una palabra, yo no he observado en esta peregrinacion los desórdenes de que hablan algunos viajeros: por el contrario, reinaba en todos los peregrinos la mayor decencia y comedimiento. Desde la primera noche de viaje los papás rezaron las oraciones de la Iglesia griega, á las que todos asistieron con la mas atenta devocion. También bendijeron el buque, cuya ceremonia repetían siempre que habia tempestad. El canto de la Iglesia griega es muy armonioso, pero grave. Observé una cosa particular, y era que un muchacho comenzaba el versículo de un salmo en un tono agudo, sosteniéndolo de este modo mientras un papá cantaba el mismo versículo en tono diferente y en cánon, es decir, comenzando la frase cuando el muchacho habia pasado ya la mitad. Tienen un *Kyrie eleison* muy admirable, y es solo una nota cantada por diferentes voces, unas graves y otras agudas, ejecutando el *andante* y la *mezza voce*, la octava, la quinta y la tercera. El efecto de

este *Kyrie* es sorprendente por su melancolía y majestad, y sin duda ha pasado por tradicion desde los primeros tiempos de la Iglesia. Aun creo que la otra psalmodia pertenece á aquel canto moderno que se introdujo en el rito griego hácia el siglo IV, y del cual se queja con razon San Agustín.

Al dia siguiente de nuestra partida me volvió á atacar la fiebre con la mayor fuerza, y me ví precisado á pasarlo echado solo en mi estera. Atravesamos con rapidez el mar de Mármara (la Propontide). Luego pasamos por delante de la península de Cyzico y por la embocadura de *Ægospotamos*, tocando con los promontorios de Sestos y de Abydos: Alejandro y su ejército, Jerges y sus escuadras, los atenienses y los espartanos, Hero y Leandro, no pudieron hacerme olvidar el dolor de cabeza que me atormentaba; pero cuando al amanecer del dia 21 de Setiembre vinieron á decirme que íbamos á doblar el castillo de los Dardanelos, la memoria de Troya disipó al momento mi calentura. Casi arrastrando subí al puente, y mis primeras miradas se fijaron en un alto promontorio coronado por nueve molinos, y este era el cabo Sigeo. A sus piés se descubrían dos *túmulos*, que eran los sepulcros de Aquiles y de Patroclo. Véíase la embocadura del Simois á la izquierda del castillo nuevo del Asia: mas lejos á nuestra espalda, y volviendo á subir hácia el Helesponto, aparecía el cabo Retéo y el sepulcro de Ajax. En lo mas interior se elevaba la cordillera del monte Ida, cuyas vertientes, vistas á la distancia en que me hallaba yo, parecían suaves y de un colorido armonioso. Delante de la proa del navío estaba Tenedos: *Est in conspectu Tenedos.*

Pasaba la vista por aquellos hermosos cuadros, y sin po-

der resistir la volvia hácia el sepulcro de Aquiles, repitiendo aquellos versos del poeta:

“El ejército de los belicosos griegos erige en la orilla un espacioso y admirable monumento, que viniendo por el mar se descubre de muy lejos, y el cual siempre fijará las miradas de las generaciones presentes y futuras.”

Poco valen las pirámides de los reyes de Egipto comparadas con la gloria de un sepulcro de césped que cantó Homero, y en derredor del cual corrió Alejandro.

En aquel instante conocí cuán grande es el poder del alma sobre el cuerpo, porque cesó enteramente el dolor de cabeza, y se reanimaron mis fuerzas mentales y corporales, bien que á las veinticuatro horas volvió otra vez la calentura.

Nada he dejado de practicar para llenar cumplidamente el objeto de mi viaje: formé el proyecto de pasar á Troya atravesando la Anatolia, y ya he indicado los motivos que me hicieron desistir de esta resolución; quise ir por mar, pero el capitán rehusó desembarcarme, no obstante de que se había obligado á ello formalmente.<sup>1</sup> De pronto me incomodó esta negativa; pero ahora ya no lo siento, porque me llevé tantos chascos en Grecia, que tal vez me hubiera sucedido lo mismo en Troya; y de este modo he conservado todas las ilusiones de mi imaginación acerca del Sismois, y he tenido la dicha de haber saludado aquella tierra de héroes, y haber visto las olas que la bañan y el sol que las alumbra.

Me admira que los viajeros al hablar de la llanura de Troya, se olviden casi siempre de la Eneida, y sin embargo, tanta fama ha dado Troya á Virgilio como á Homero; siendo una suerte bien particular la de este país, que ha

<sup>1</sup> Véase este arreglo al fin del tomo en la nota C.

inspirado los dos mejores poemas á los dos mayores poetas del mundo. Mientras huían de mi vista las playas de Ilion, procuraba acordarme de aquellos versos que pintan con tanta propiedad á la escuadra griega saliendo de Tenedos, y avanzando *per silentia luncæ* á aquellas riberas solitarias que sucesivamente se me presentaban en perspectiva. Prontamente lúgubres gritos sucedieron al silencio de la noche, y las llamas del palacio incendiado de Príamo alumbraron aquel mar, por donde navegaba tranquilamente nuestro navío.

La musa de Eurípides, recogiendo aquellos ayes de la calamidad, pinta así aquellas escenas que llenaron de luto estas trágicas riberas:

EL CORO.

“Hecuba, ¿no ves á Andrómaca que avanza en un carro extranjero? Su hijo, el hijo de Héctor, el jóven Astianacte sigue al materno seno.

HECUBA.

“¡Oh, mujer desgraciada! ¡á dónde has sido conducida, circundada de las armas de Héctor y de los despojos de la Frigia! . . .

ANDRÓMACA

“¡Oh dolor!

HECUBA.

“¡Hijos míos!

ANDRÓMACA.

“¡Desgraciada!

HECUBA.

“¡Y mis hijos!

ANDRÓMACA.

“¡Ven, esposo mío! . . . .

HECUBA.

“Sí, terror de los griegos, ven. ¡Oh! tú, el mayor de mis hijos. Vuelve á Príamo, en los infiernos, aquella que en la tierra tan tiernamente amó.

EL CORO.

“Solo nos quedan lágrimas para derramar sobre estas ruinas. El dolor sucedió al dolor. . . Troya ha sucumbido bajo el yugo de la esclavitud.

HECUBA.

“¡Ah! ¡cayó el palacio en que fuí madre!

EL CORO.

“Hijos míos! ¡vuestra patria se convirtió en un desierto, etc.”<sup>1</sup>

<sup>1</sup> *Las Troyanas*, teatro griego.

Mientras yo me ocupaba en el dolor de Hecuba, los descendientes de los griegos parecían alegrarse en nuestro navío de la muerte de Príamo. Dos marineros se pusieron á bailar en el puente al son de una lira y de un tamboril, ejecutando una especie de pantomima. Ya levantaban los brazos al cielo, ya ponían una mano en jarras, y alargaban la otra á guisa de un orador arengando, y luego la llevaban al pecho, á la frente y á los ojos, y todo esto intermediado con posturas mas ó menos ridículas, que nada parecían significar, semejándose mucho á las contorsiones y gestos de los salvajes. Acerca de los bailes de los griegos modernos, pueden leerse las cartas de Mr. Guys y de Mad. Chenier. A esta pantomima sucedió un corro ó cadena, que pasaban y repasaban en diferentes direcciones, lo que hacia recordar los objetos de aquellos bajos-relieves, donde se ven las danzas antiguas. Por fortuna la sombra de las velas del navío me ocultaba el rostro y el traje de los actores; y así podia trasformar á mis sucios marineros en pastores de Sicilia y de Arcadia.

Como el viento seguia siéndonos favorable, pasamos rápidamente el canal que separa la isla de Tenedos del continente, y costeamos la Anatolia hasta el cabo Baba, llamado antes *Lectum Promontorium*. Entonces nos dirigimos al Oeste para doblar á la entrada de la noche la isla de Lesbos. En esta isla fué donde nacieron Safo y Alceo, y á donde las aguas arrastraron la cabeza de Orfeo, repitiendo el nombre de Eurídice:

¡Ah! miseram Eurydicem, anima fugiente vocabat.

El dia 22 por la mañana se levantó una tramontana muy fuerte. Debíamos entrar en Chio para recoger otros

peregrinos; pero el capitán tuvo tanto miedo y maniobró tan mal, que hubimos de anclar en Tcheshmé en un fondo de rocas, y cerca de un navío egipcio que habia naufragado antes.

Este puerto de Asia me pareció de siniestro agüero, porque en él fué quemada la escuadra turca en 1770 por el conde Orlow, y el año 191 antes de nuestra era, los romanos destruyeron las galeras de Antiocho, si es cierto que el Cysso de los antiguos sea el Tcheshmé de los modernos. Mr. de Choiseul ha levantado el plano de este puerto. El lector recordará sin duda que apenas toqué en Tcheshmé, cuando me dirigia á Esmirna el día 1.º de Setiembre, esto es, veintitun días antes de mi paso por el Archipiélago.

El 22 y el 23 estuvimos esperando á los peregrinos de la isla de Chio: en tanto Juan saltó en tierra, y me trajo una abundante provision de granadas de Tcheshmé, que son muy apreciadas en el Levante, aunque no son tan buenas como las de Jaffa. Al nombrar aquí á Juan, recuerdo que no he hablado todavía de mi nuevo intérprete, sucesor de José. Erase, pues, un hombre de los mas misteriosos que he visto jamás: para dar una idea de su catadura, es preciso figurarse unos ojos diminutivos, hundidos y como ocultos bajo las cejas, y á la sombra de una nariz protuberante, unos bigotes rojos, aire habitual de sonrisa, y algo de suave en su apostura. Cuando tenia que decirme alguna cosa, se me acercaba de medio lado, y despues de un largo rodeo, se aproximaba hasta cuchuchear á mi oido el secreto mas insignificante del mundo. Así que le veia venir, le solia repetir siempre: anda recto y habla alto; consejo que tambien se podria dar á otros muchos. Juan conocia á los principales papás, á quienes referia de mí las cosas mas estravagantes, y me hacia mil cumplidos de parte de

los peregrinos que estaban en el fondo de la cala, y en quienes tampoco habia reparado yo. Al llegar la hora de comer, nunca tenia apetito: tan superior era á las necesidades comunes; pero luego que Julian acababa de comer, aquel pobre Juan se metia en la lancha donde se guardaban mis provisiones, y so pretesto de ponerlo todo en orden en las cestas, se hartaba de jamon, devoraba un ave, y se sorbia en pocos tragos una ancha botella de vino; pero con tanta rapidez, que apenas se percibia el movimiento de sus labios. Luego que concluia, venia á preguntarme con aire triste si necesitaba de sus servicios. Aconsejábale yo que no se dejase llevar de su melancolía, y que tomase algun alimento, porque si no se esponia á enfermar. El griego creia engañarme, y esto le causaba tanto gusto, que yo se lo dejaba creer. A pesar de estos defectos, Juan era en el fondo muy honrado, y merecia justamente la confianza que le habian dispensado sus amos. En una palabra, yo he procurado bosquejar este retrato y el de algunos otros, porque los lectores se complacen en conocer á los personajes con quienes se les hace vivir. En cuanto á mí, si hubiera tenido el genio suficiente para trazar esta clase de caricaturas, hubiera procurado cuidadosamente sofocarle, porque todo lo que deslustra la naturaleza del hombre, me parece poco digno de aprecio; pero bien se echa de ver que yo no envuelvo en esta crítica ni una amable galantería, ni una zumba delicada, ni la elevada ironía del estilo oratorio, ni el alto cómico.

En la noche del 22 al 23 garró el navío, y creimos perdernos sobre los restos de un buque de Alejandría que habia naufragado cerca del sitio donde estábamos anclados. El 23 á mediodía llegaron los peregrinos de Chio en número de diez y seis, y á las diez de la noche zarpamos con

un viento de Este bastante suave, y que se subió á Norte el dia 24 al amanecer.

Pasamos entre Nicaria y Samos. Esta última isla fué célebre por su fertilidad, por sus tiranos, y sobre todo, por haber sido patria de Pitágoras. El poético episodio de *Telémaco* ha escedido á cuanto los poetas han dicho de Samos. Entramos en el canal que forman las Spodares, Pathmos, Leria, Cos, etc., y las costas del Asia. Por allí corria el Meandro: allí se elevaban las ciudades de Efeso, de Mileto, de Halicarnaso y Gnido; saludé por última vez á la patria de Homero, de Herodoto, de Hipócrates, de Tales y de Aspasia; pero no ví ni el templo de Efeso, ni el sepulcro de Mausolo, ni de la Venus de Gnido; y sin las obras de Poccocke, de Wood, de Spon y de Choiseul, no me hubiera sido fácil reconocer en un nombre enteramente moderno el promontorio de Mycala.

El dia 25 á las seis de la mañana anclamos en el puerto de Rhodas para tomar un piloto práctico en la costa de Siria. Salté en tierra, y pasé á ver al cónsul francés Mr. Magallon. En todas partes recibí la misma acogida, la misma hospitalidad y la misma delicadeza. Mr. Magallon estaba á la sazón enfermo; mas á pesar de esto, tuvo la bondad de presentarme al comandante turco, hombre muy de bien, y el cual me regaló un cabrito negro, y me permitió pasear por donde quisiera. Yo le presenté el firman, que puso sobre su cabeza, diciéndome que él trataba así á todos los amigos del gran señor.

Salí pronto de esta audiencia para dirigir una mirada á aquella Rhodas, donde no debia permanecer mas que unos cortos instantes.

Aquí comenzaba para mí una antigüedad que formaba como el tránsito entre la antigüedad griega, que acababa

de dejar, y la antigüedad hebráica que iba á recorrer y estudiar. Los monumentos de los caballeros de Rhodas reanimaron mi curiosidad, que se habia fatigado algun tanto en las ruinas de Esparta y de Atenas. Sábias leyes mercantiles,<sup>1</sup> algunos versos de Píndaro sobre la esposa del sol y la hija de Venus,<sup>2</sup> algunos poetas cómicos y pintores, monumentos mas grandes que hermosos, he aquí lo único que recuerda al viajero la antigua Rhodas. Los rodios eran valientes, y es muy singular que se hayan hecho célebres en las armas por haber sostenido gloriosamente un sitio como los caballeros que les sucedieron. Rhodas, honrada con la visita de Ciceron y de Pompeyo, fué como infamada con la de Tiberio. Los persas se apoderaron de Rhodas en el reinado de Honorio: los generales de los califas la conquistaron tambien en el año 647 de nuestra era, y la reconquistó Anastasio, emperador de Oriente. Los venecianos tomaron posesion de esta isla en 1203, pero Juan Ducas se la quitó luego, y los turcos echaron de ella á los griegos. Los caballeros de San Juan de Jerusalem se apoderaron de ella en 1304, 1308 á 1319, y la conservaron casi dos siglos, hasta que la hubieron de rendir á Soliman II el dia 25 de Diciembre de 1522. Para tener noticias esactas acerca de esta isla, es preciso leer á Coronelli, Dapper, Savary y Mr. de Choiseul.

Rhodas me ofrecia á cada paso restos de nuestras costumbres y recuerdos de mi patria: en medio de Grecia hallaba una pequeña Francia.

<sup>1</sup> Se puede ver á Leuclavio, en su *Tratado del derecho marítimo de los griegos y de los romanos*. La escelente ordenanza de Luis XIV sobre la marina conserva muchas disposiciones de las leyes rodias.

<sup>2</sup> La ninfa Rodos.